

**LA FAMILIA COFRADE,
UN ESPACIO PARA VIVIR EN CRISTIANO HOY**

Alicante, 21 de octubre de 2011

Mons. Carlos Simón Vázquez
Sub-Secretario del Pontificio Consejo para la Familia

*Estimado Señor Presidente de las Cofradías de España,
Presidentes de las numerosas Cofradías aquí presentes,
Hermanos Mayores,
Tesoreros,
Hermanas cofrades,
Señores y Señoras.*

Es para mí un placer estar esta tarde con Ustedes para reflexionar acerca del título que me han propuesto: «*La familia cofrade, un espacio para vivir en cristiano*». Pienso que es un título precioso que ya en su enunciación positiva invita a mirar en profundidad a lo esencial.

En efecto, como el Santo Padre Benedicto XVI afirma, pocas cosas hay tan urgentes como la del re-descubrimiento de nuestra identidad cristiana hoy. A tiempo y destiempo es una pasión la de nuestro amado Santo Padre de anunciar que el cristianismo no es una idea, ni una serie de prácticas, sino el encuentro con una Persona, la Persona de Jesucristo que transforma el corazón y la vida.

Para poder vivir, para poder tener vida, es necesario tener un espacio. Un espacio que limite, ayude, proteja esa vida nueva. Con la Iglesia tenemos ese espacio físico y espiritual que yo definiría familiar. En efecto, la Iglesia es y está llamada a ser cada día, familia de los hijos de Dios, familia de todos los hombres porque en el fondo, el misterio de Dios es un misterio familiar. Por tanto, un espacio en este caso una familia, con el presupuesto de un hogar físico, es más de un hogar material, es necesario para que haya vida y vida en abundancia.

El cristiano hoy necesita vida en abundancia, necesita un hogar, un espacio, un ambiente que le hable de Dios y donde él mismo pueda hablar a Dios.

Procederé del siguiente modo: después de una introducción contextual, señalaré a mi modo de ver las urgencias, los retos que tenemos hoy los cristianos e igualmente las Hermandades y Cofradías. Ciertamente señalaré como ministro del Evangelio del matrimonio de la familia y de la vida un subrayado en este propósito en este año muy particular para el Pontificio Consejo para la Familia, ya que se cumplen XXX años de vida, así como la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio*, del beato Juan Pablo II, que es la Carta Magna de la pastoral familiar. **¿A qué están llamadas las Hermandades y Cofradías si no a ser una familia auténtica y verdadera, tal y como es querida en el proyecto de Dios?**

1. CONTEXTO HISTÓRICO Y ANTECEDENTES PRÓXIMOS

Hermandades y Cofradías vienen del mismo substrato etimológico: *germanus* (hermano carnal), *cum fratre* (con el hermano). Es cierto que en el pasado ha habido distinciones histórico-canónicas referidas a ambas, aunque no en el actual Código de Derecho Canónico donde vienen definidas precisamente en el canon 298.

Aquí y ahora nos interesa fijar la mirada que en el fondo el núcleo de las Hermandades y Cofradías no nace en el siglo XIII o XIV o XVI, sino en el siglo I. Nacen con Nuestro Señor Jesús, con su Santísima Madre, con los apóstoles y discípulos. Ellos no tuvieron otro horizonte en la vida que el de anunciar, hacer presente y vivir del misterio pascual de Cristo. De aquí el rasgo característico, el denominador común de todas y cada una de las Cofradías y Hermandades que mediante el culto transportaron los misterios salvadores y redentores del misterio de Cristo. En ese misterio pascual, la figura de la Santísima Virgen es única. Ella por ser Madre de Dios vivió de forma singular el misterio pascual de su Hijo y vive ahora para mostrarnos cómo debemos actuar para introducirnos y vivir de él. Ella es la Casa de Oro, el hogar singular en la que la Iglesia debe reflejarse para ejercer su ser y su misión.

Como en toda evolución histórica, la vida de Hermandades y Cofradías ha recorrido periodos e intensidades diversas. No es ésta la sede para detallar las particulares evoluciones seculares de las mismas, pero sí para dar gracias a Dios que nuestros antepasados remotos captaron muy bien ese sentido catequético, pedagógico, martirial del misterio de Cristo y haciéndolo participe a todo el pueblo. Y es de agradecer como a través de lo sensible se llegue a lo racional, de lo visible a lo invisible, del temporal a lo eterno. Es verdad que mientras nuestros antepasados estaban centrados fundamentalmente en el Jueves y Viernes Santo, la lógica evolución histórica ha hecho que las Cofradías y Hermandades sean entre otras muchas cosas, una catequesis permanente durante todo el año litúrgico. No ya sólo en los periodos fuertes del año litúrgico (Adviento, Navidad y Semana Santa) sino en tantas y tantas solemnidades, misterios de nuestra fe, desgranados a lo largo del año.

De igual forma que no daremos nunca suficientemente gracias por el patrimonio histórico-religioso que tenemos en España y que es sobre todo fruto de una fe auténtica, de hombres para los que la fe es todo, también aquellos que formaron las Hermandades y Cofradías fueron en el fondo impulsores y han mantenido estos tesoros por la fe, por el celo y por el amor a Dios.

Por esa necesidad de Dios, del contacto con el Señor, a través de medios sensibles que ayudan a nuestro ser a introducirse en la luz de la fe. En aquella época nuestra, tan limitada en tantas cosas y en tantos medios, el hombre cristiano hizo lo que su naturaleza humana le empujaba por amor a asociarse a otros, a unirse, a compartir una fe para hacerla llegar a todos. Esta es la clave del mensaje evangélico que nuestros antepasados entendieron acabadamente.

Ahora debemos preguntarnos, si esa frescura, pureza, ardor, intensidad, amor en definitiva, la conservamos o nos hemos dejado influenciar excesivamente por un ambiente que no es como el de hace siglos, ciertamente, pero que debe ser también evangelizado. A mi me gusta decir que no es mejor, ni peor, aunque hay muchos indicadores que así lo hagan pensar, sino que nuestro mundo hoy es distinto. Ese mundo distinto, global, cambiante debe ser evangelizado.

Gracias a Dios, en España tenemos un tesoro inmenso. La Hermandades y Cofradías están llamadas a re-descubrir la pedagogía de la fe en un mundo deseoso y a su vez lejano de Dios. En un mundo absorbido por la prisa, por lo

inmediato, por lo material, por el dinero. Se hace urgente presentar el camino de la fe, como la luz humano-espiritual que nos introduce ya en esta vida en el Misterio que será nuestra muerte. Para ello hemos sido creados. El misterio de nuestra muerte unida a la Muerte de Cristo y el misterio de la resurrección futura unido al centro de nuestra fe que es la Resurrección del Señor. En este contexto de volver a las fuentes,

a) Algunos han definido nuestro ambiente cultural y existencial como de desencantamiento y sobre todo ausente de la dimensión religiosa que todo hombre lleva dentro de sí por el mero hecho de ser. Parece no interesar para nada el mundo del espíritu. Se intenta acallar la conciencia y vivir ese superhombre autónomo, autosuficiente, como si de un dios se tratase. Así se ha expresado el Santo Padre comentando esta deletérea situación en algunos :

«Sí, hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos. Desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento. Estas tentaciones siempre están al acecho. Es importante no sucumbir a ellas, porque, en realidad, conducen a algo tan evanescente como una existencia sin horizontes, una libertad sin Dios. Nosotros, en cambio, sabemos bien que hemos sido creados libres, a imagen de Dios, precisamente para que seamos protagonistas de la búsqueda de la verdad y del bien, responsables de nuestras acciones, y no meros ejecutores ciegos, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Dios quiere un interlocutor responsable, alguien que pueda dialogar con Él y amarle. Por Cristo lo podemos conseguir verdaderamente y, arraigados en Él, damos alas a nuestra libertad. ¿No es este el gran motivo de nuestra alegría? ¿No es este un suelo firme para edificar la civilización del amor y de la vida, capaz de humanizar a todo hombre?» (Benedicto XVI, Discurso con ocasión de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, Madrid, 19 de agosto de 2011).

Hay una visión secularizada de la realidad, según la cual todo se mira desde la óptica de los llamados valores seculares o mundanos.

b) La pretensión y el deseo de dominar es el principio y el fin de la vida (los retos de la bioética, de la biogenética). La manipulación en definitiva del hombre que de sujeto se transforma en objeto según varios intereses, emociones o placeres.

c) La «dictadura del relativismo» —como la denominó el Papa Benedicto XVI— que conlleva una carencia de valores estables y permanentes que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida de la realidad los propios deseos. Cualquier forma de pensar es válida, pero ninguna definitiva.

c) Un indiferentismo ante la vida que es una prueba indicadora de que sólo el aspecto material del hombre debe ser el único alimentado.

e) Una cultura exclusivamente de necesidades y consumos donde predomina lo superficial. El poder de algunos medios de comunicación que crean una realidad virtual y muchas veces artificial con noticias cargadas de morbo, vidas de personas famosas como modelo para todos, comentarios de todo tipo, trivialización de lo más sagrado, etc., forman en muchas ocasiones parte del imaginario social.

Aquí estamos llamados nosotros a evangelizar. Todo ello ciertamente repercute en el ámbito religioso:

- el secularismo entendido como una vida sin Dios;
- la lectura inmanentista de la realidad;
- la reducción de la materia a su mera funcionalidad utilitarista.
- La destradicionalización que conduce a perder la memoria de las tradiciones que han acuñado la historia y la vida religiosa del pueblo.
- El rechazo teórico o práctico de la moral católica en materia sexual, matrimonial y familiar por considerar hoy superados sus planteamientos y normas.
- El neopaganismo difuso que priva al pueblo del verdadero sentido de la religión que en el fondo es el abandonarse al amor personal de Dios.
- Frente a este panorama existen también multitud de luces que estimulan al cristiano: un sentido vocacional más claro, un deseo de estar en medio del mundo como fermento, como levadura, con un mayor asociacionismo civil y religioso que hace de la unidad una voz autorizada, en el actual contexto cultural. En este sentido un asociacionismo civil donde familias de

comunidades y pueblos se unen para hacer valer o reivindicar sus derechos y deberes. En este contexto histórico se mueve el mundo cofrade hoy. Un mundo que ofrece muchas posibilidades de comunión, de anuncio de presencia. Un mundo que hay que aprovechar para hacer llegar el mensaje que llevamos en vasijas de barro («*Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro*», 2 Cor 4,7).

- Pero si necesaria es la urgencia de cambiar el mundo en el que vivimos, más urgente es la necesidad de cambiar nuestras asociaciones, cofradías y hermandades. ¿Cómo? De una forma nueva, dándole ese «espíritu familiar» que en el fondo es dejar encarnar el misterio de nuestro ser en Cristo. Sí, es necesario que la lógica del don, de la entrega, del sacrificio, en definitiva del amor, presida toda la vida de las Cofradías. Que exista un equilibrio entre contemplación y acción, que el gobierno se entienda bajo la clave del servicio y de la ayuda, que todo sean «medios» para anunciar lo que a su vez nosotros hemos recibido. El estilo del ser familiar es la gratuidad. Es darse sin esperar nada en cambio, es trasladar el genuino espíritu de la vida cotidiana familiar a la hermandad para difundir ese estilo nuevo que es constitutivamente natural en el ser humano. Solo así se puede construir un espacio, solo así se puede hacer una morada que realmente sea hogar y por tanto familia.

Sí, las Hermandades y Cofradías llegarán a más gente si en ellas impera ese estilo familiar, esa dimensión de hogar que va más allá de estar en un local o estructuras bajo un mismo techo.

- Solo desde este estilo familiar se puede construir una genuina pedagogía de la fe, capaz de implicar a tantos.

Hoy, a pesar de todo, la familia sigue siendo la institución más valorada, lo es precisamente porque el hogar constituye ese espacio vital donde cada uno cuenta no por lo que tiene o puede, sino por lo que es; así se siente querido, valorado, estimado. Por eso, como en la familia, como en la Iglesia, cada uno tiene su puesto y al mismo tiempo, todos son importantes y necesarios.

De mi experiencia de párroco cuando estaba en un pueblo donde había cinco Cofradías he podido comprobar la importancia de todas. Los estatutos que hay que vivirlos y respetarlos, tienen que ser un medio por ayudar a conseguir el fin que es la unión de todos en el Señor.

- Me gustaría subrayar que hoy en día, además de la esencial actualidad cultural y de caridad, las Hermandades y Cofradías deben tener un anhelo sincero por la formación permanente; dar si cabe cada día más importancia a la formación personal y colectiva, valorar cada vez más no como algo más que se hace sino como la raíz de la que parte todo. El sacerdote o asistente de la Cofradía que organiza, promueve según los estatutos, ciertos medios de formación debe verse favorecido, estimulado e incluso requerido por los cofrades en su labor. Y en este sentido la vida eucarística y penitencial deben ser acentuadas. Sin la participación activa en la Santa Misa, centro de la vida cristiana, y sin la participación asidua del Sacramento de la Reconciliación es imposible cambiar, convertirnos. Pienso que se pueda hacer un poquito más en este sentido y que todos los hermanos deben ser ejemplo y testimonio para las jóvenes generaciones.

De aquí sacamos las fuerzas para vivir la fe dentro de la Hermandades de forma coherente. Así desde fuera se verá en un su hondura algo que cambia auténticamente la vida. Y en estos los responsables tienen una enorme responsabilidad.

Ustedes llegan a tanta gente. La religiosidad popular es tan esencial que no hay tiempo que perder. Las urgencias son tantas que debemos instaurar el estilo familiar en nuestra vivencia de la fe.

- Estamos celebrando el XXX aniversario de la *Familiaris consortio*. El recién proclamado Beato Juan Pablo II creía tanto en la religiosidad popular de estilo familiar. Él la impulsó como joven sacerdote y obispo en sus años de Polonia y después como Papa.

«Examinarlo todo y retener aquello que es bueno». Éste tiene que ser el principio básico a la hora de hablar cristianamente de cofradías. El empeño constante que Juan Pablo II quiso fue el de la formación permanente. En este sentido sigue siendo de una actualidad grande el *Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia. Principios y Orientaciones* que el pasado 21 de septiembre cumplió su X aniversario. Ese amplio documento podría ser objeto de reflexión en algunas de sus partes ya que consta de una riquísima documentación y la aprobación por el Sumo Pontífice es sentir afectiva y efectivamente *cum Ecclesia*.

En muchos de sus viajes apostólicos el Papa Juan Pablo II se ha referido a este medio importante, necesario y actual como son las Hermandades y Cofradías que tienen el derecho y el deber de mejorar cada día, de purificarse en el fondo y en la forma para ser más instrumentos de Dios en este mundo. Como en una familia, los padres transmiten las tradiciones buenas que ellos a su vez han recibido, así de igual modo en las Hermandades y Cofradías, los hermanos y cofrades están llamados a ser guías y ayudantes. Y para evangelizar uno previamente tiene que dejarse evangelizar.

El campo es mucho, la mies es abundante, nos dijo el Señor en su Evangelio. Se necesitan apóstoles, trabajadores en su mies. Todos —hombres, mujeres, hijos— deben en su ambiente crecer en el amor a Dios. Las Cofradías y Hermandades tienen esta única razón de ser en la Iglesia. No es simplemente un lugar donde se comparten cosas, sensibilidades, gustos, estilos, etc., se comparte sobre todo la fe, la esperanza y el amor de los discípulos del Señor.

«Está en conformidad con la tradición constante de la Iglesia el aceptar de las culturas de los pueblos, todo aquello que está en condiciones de expresar mejor las inagotables riquezas de Cristo (Cfr. Ef 3, 8, GS, 44; AG, 15 y 22). Sólo con el concurso de todas las culturas, tales riquezas podrán manifestarse cada vez más claramente y la Iglesia podrá caminar hacia un conocimiento cada día más completo y profundo de la verdad, que le ha sido dada ya enteramente por su Señor.

Teniendo presente el doble principio de la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y de la comunión con la Iglesia Universal se deberá proseguir en el estudio, en especial por parte de las Conferencias Episcopales y de los Dicasterios competentes de la Curia Romana, y en el empeño pastoral para que esta “inculturación” de la fe cristiana se lleve a cabo cada vez más ampliamente, también en el ámbito del matrimonio y de la familia.

Es mediante la “inculturación” como se camina hacia la reconstitución plena de la alianza con la Sabiduría de Dios que es Cristo mismo. La Iglesia entera quedará enriquecida también por aquellas culturas que, aun privadas de tecnología, abundan en sabiduría humana y están vivificadas por profundos valores morales» (Familiaris consortio, 10).

2. UN VERDADERO PROGRAMA DE ACCIÓN

En este momento especial donde es necesario hacer ese juego delicado de razón y vida, de fe y cultura, las Hermandades y Cofradías tienen la potencialidad de ofrecer una respuesta sintética, de armonizar todo aquello que hay en el hombre religioso. Es el reto también presente hoy y al que el Papa Benedicto XVI nos invita en este comienzo de milenio a la Nueva Evangelización. La familia cofrade tiene hoy un puesto y sobre todo una misión importante en esta Nueva Evangelización. En la síntesis adecuada de fe y cultura, de razón y emoción, de obediencia y humildad, de transmisión de valores humanos y cristianos y de formación cristianas auténticas tienen las Cofradías y Hermandades del siglo XXI un inmenso trabajo que hacer: el que llegue el mensaje de Cristo a muchos coétaneos, es una responsabilidad grande en el momento actual.

La familia cofrade está llamada a ser inmensa catequesis que necesita la sociedad actual donde a través de lo pequeño se llegue a lo grande. En su reciente viaje a España, en las palabras del Papa en el Vía Crucis del 19 de agosto en plena Jornada Mundial de la Juventud fue donde a través de tantos pasos muchos jóvenes del mundo descubrieron el espacio para comenzar el diálogo con el Señor, y que habrá ayudado a tantos a re-comenzar más y mejor su vida cristiana. Es un ejemplo reciente y concreto que nos ayuda a impulsar con nuevo ardor todo el apostolado que las Hermandades y Cofradías están llamadas a realizar.

Ser cofrade hoy nos invita a redescubrir en el fondo el ser familiar que toda persona lleva en su interior. Una dimensión familiar que tiene que estar presente en el servicio eclesial ya que como anticipaba el beato Juan Pablo II, la familia debe ser sujeto activo y responsable de la pastoral. La misión de las Hermandades y Cofradías es fundamentalmente pastoral donde la integración entre tradición, formación y testimonio debe formar un tríptico perfecto que haga accesible a tantos los misterios de nuestra fe. De igual modo, con su dimensión caritativo-social y cultural, las Hermandades y Cofradías están llamadas a hacer cercano el rostro de la Iglesia en este momento de especial crisis global y colaborar con las demás instituciones eclesiales a todos los niveles en espíritu de comunión para el bien de todos.

Gracias.